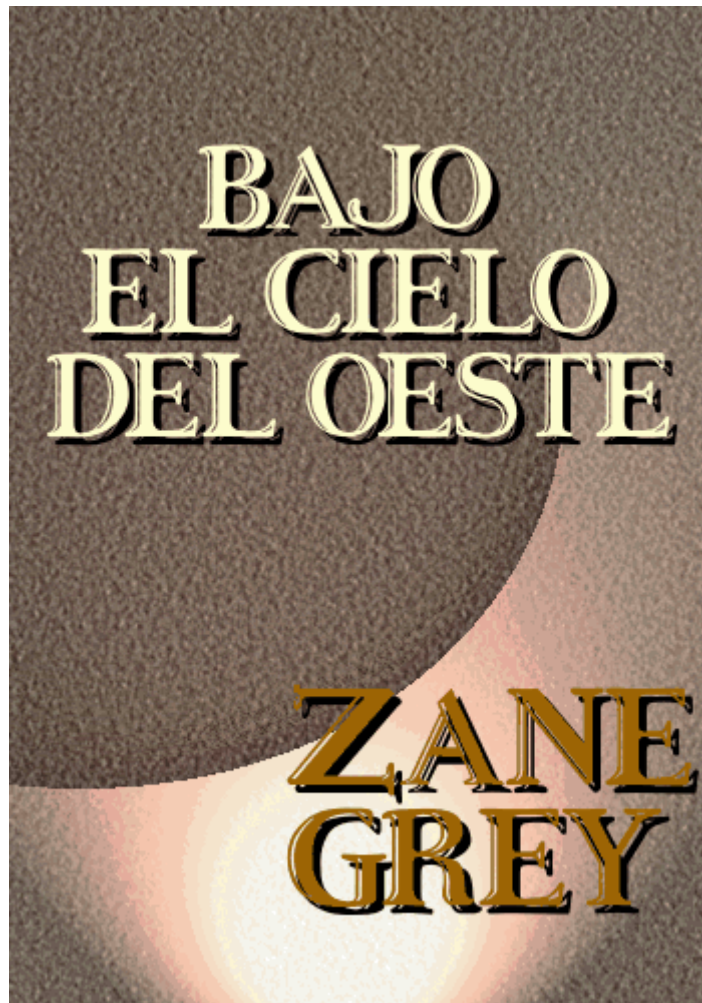


LIBRO dot.com

BAJO EL CIELO DEL OESTE
ZANE GREY



Digitalizado por **LIBRO** dot.com
<http://www.librodot.com>

I

Eran aproximadamente las doce de la noche cuando Magdalena Hammond se apeó del tren en El Cajón, Nuevo Méjico. Su primera impresión fue de un inmenso espacio vacío, ventoso, fresco y extrañamente silencioso que se extendía bajo grandes estrellas titilantes.

-No ha salido nadie a recibirla, señorita -dijo con solícito interés el conductor.

-Telegrafíe a mi hermano -replicó ella-. Tal vez, como traemos tanto retraso... se canso de esperar. Pero no tardará en volver. Y si no vistiese..., ¿podré seguramente hallar algún hotel?

-Hay posadas. El jefe de estación le informará. Pero permita que le diga que este lugar no es a propósito para una señora como usted. Es un pueblecillo turbulento, compuesto principalmente de *cowboys*, mejicanos y mineros..., gente toda jaranera, si la hay. Además, la revolución del otro lado de la divisoria ha provocado a lo largo de ella cierta efervescencia. Creo, señorita, que no hay nada que temer si...

-Gracias. No tengo el menor miedo.

Al arrancar el tren, Magdalena Hammond se encaminó hacia la mal alumbrada estación. A punto de entrar en el edificio halló a un mejicano tocado con un amplio sombrero que ocultaba su rostro y embozado con una manta.

-¿Ha venido alguien a recibir a la señorita Hammond? - le preguntó.

-*No sabe*, señora -replicó con voz apagada por el embozo, y recatándose en la sombra.

Entró en la vacía sala de espera, donde una lámpara de aceite difundía una luz escasa y amarillenta. La ventana de la taquilla estaba abierta, y por su hueco vio que en ella no había ni taquillero ni factor. Oíase funcionar débilmente un aparato telegráfico.

Magdalena Hammond se detuvo, golpeando el suelo con su diminuto pie, y con cierto humorismo comparo su recepción en El Cajón con su llegada al Gran Central. La única ocasión en que recordaba haberse hallado sola como ahora fue cuando perdió el tren y a su doncella en una estación próxima a Versalles, aventura que constituyó una novelesca y deliciosa interrupción en la prescrita rutina de su muy acompañada existencia. Atravesando la pieza se acercó a una ventana y, apartando de su rostro el velo que lo cubría, miró afuera. De momento, sólo pudo vislumbrar algunas luces mortecinas, y éstas aún confusamente. Al acostumbrarse sus ojos a la oscuridad, vio no muy lejos de la ventana a un caballo de magnífica estampa. Más allá, había una plaza desierta, o, si se trataba de una calle, era la más ancha que Magdalena viera en su vida. Las luces procedían de edificios bajos y achatados. Divisó luego las formas imprecisas de

varios caballos que permanecían inmóviles y con las cabezas gachas. Por un cristal roto entraba la fresca brisa y con ella un sonido que hirió desagradablemente sus oídos... una discorde mezcla de risas y gritos, y el cadencioso ludir de botas que seguían la violenta música de un gramófono.

«El Oeste se divierte-musitó miss Hammond, apartándose de la ventana-. Y yo, ¿que hago? Esperaré. Tal vez vuelva pronto el jefe de estación, o venga Alfredo a mi encuentro.»

Mientras aguardaba sentada analizó las diversas causas originarias de la peculiar situación en que se hallaba. El que Magdalena Hammond se encontrase sola, a tan tardías horas, en una mísera estación ferroviaria del Oeste, era en verdad extraordinario.

El año de su presentación en sociedad había tenido mal acabamiento con el oprobio de su hermano y su subsiguiente abandono de la casa paterna. De esa época databa el aire pensativo en ella habitual, y su descontento de la brillante vida que la sociedad le brindaba. El cambio había sido tan gradual, que antes de que ella se diera cuenta era ya permanente. Durante algún tiempo una continua actividad al aire libre -golf, tenis, yachting- evité que el descubrimiento se convirtiese en mórbida introspección; mas llegó un día en que incluso los deportes perdieron su atractivo. Y entonces fue cuando se creyó en realidad enferma de espíritu. Ni el viajar remedio su mal.

Habían sido meses de inquietud, de asombro curiosamente penoso al ver que eran insuficientes su posición, su fortuna, su popularidad. Creyó haber dejado atrás los ensueños y las fantasías de muchacha, para convertirse en una mujer de mundo. Y continuó llevando la misma vida de antes, formando parte de la brillante cohorte, pero sabiendo la verdad..., sabiendo que en su vida de lujo y de molicie no había nada digno de estima.

A veces, desde lo más recóndito de su alma, surgían en singulares momentos vivas intimaciones de una futura rebeldía. Recordaba una noche en la ópera cuando al descorrerse la cortina descubrióse una decoración excepcionalmente bien ejecutada..., un dilatado espacio de profunda desolación, extendiéndose hasta lo infinito, bajo un cielo tachonado de estrellas. La sugerencia de vastos yermos de solitaria y rugosa tierra y de una inmensa bóveda celeste, había invadido su alma, inundándola de extraña y dulce paz.

Al cambiarse el decorado desvaneciéndose en ella este vago y raro sentimiento, y volvió, irritada, la espalda al escenario. Con la vista recorrió las cóncavas hileras de rutilantes palcos que representaban su mundo. Era éste un mundo distinguido y espléndido, compendio de la elegancia, riqueza, cultura, belleza y aristocracia de una nación. Ella, Magdalena Hammond, formaba parte de él. Sonrió, escuchó, habló con quienes ocasionalmente entraron en su palco, dándose cuenta de que ni por ni solo instante mostrábase natural, ni era sincera consigo misma. Preguntóse por que aquellas gentes no podían ser de otro modo, aunque le habría sido difícil precisar cómo hubiera

querido que fuesen. Distintos, no hubiesen encajado en aquel marco; probablemente no habrían estado allí. Con cierta melancolía pensó que para satisfacerla les faltaba algo.

Súbitamente comprendió que si no se rebelaba, acabaría casándose con uno de estos individuos. Y tal idea produjo en ella una inmensa lasitud, un glacial convencimiento de que aquella vida había perdido su encanto. Sentíase harta de sociedad elegante; harta de individuos atildados, pulcros e imperturbables, cuyo único anhelo parecía ser hacerse gratos a ella; harta de sentirse festejada, admirada, galanteada, perseguida e importunada; harta de la gente, de las casas, del ruido, de la ostentación y del lujo. Y también, ¡hastada de sí misma!

En las solitarias lejanías y en las frías estrellas de la audaz decoración escenográfica había sorprendido algo que impresionó a su alma. La sensación no fue duradera y no pudo retenerla. Imaginó que fue la valentía misma de la escena lo que la había cautivado; adivinó que el hombre que la pintara debía haber hallado inspiración, alegría, fuerza y serenidad en la ruda Naturaleza. Y por fin comprendió lo que necesitaba : estar sola, meditar largas horas, contemplar horizontes lejanos, silenciosos, crepusculares, observar las estrellas, enfrentarse con su propia alma, conocerse, en fin, a sí misma.

Entonces germinó en su mente la idea de visitar a su hermano que había partido para el Oeste a probar fortuna con los ganaderos. Casualmente unos amigos estaban en vísperas de marchar a California, y tomó la rápida resolución de hacer el viaje con ellos. Cuando calmamente anunció este proyecto, su madre prorrumpió en consternadas exclamaciones, y su padre, sobrecogido por el patético recuerdo de la oveja descarriada de la familia, se la quedó mirando con ojos fulgurantes.

-¡Cómo, Magdalena! ¿Quieres volver a ver a ese indómito muchacho?

Y cediendo a la cólera que aún sentía contra su díscolo primogénito, había prohibido el viaje a Magdalena. Abrumada, su madre había perdido su altivo y digno continente. No obstante, Magdalena, dando muestras de una voluntad cuya firmeza hasta entonces ignoró ella misma, se mantuvo tenaz, resuelta, llegando incluso a recordarles a sus padres que tenía veinticuatro años y era, por tanto, dueña de sus actos. Al fin su voluntad se impuso, y ello sin haberse visto obligada a descubrir su verdadero estado de ánimo.

La resolución de visitar a su hermano fue tomada y puesta en práctica con tal premura, que ante la imposibilidad de participársela por carta, le telegrafió desde Nueva York, y luego, desde Chicago, donde una repentina indisposición detuvo a sus compañeros de viaje.

Entonces ya no hubiera retrocedido por nada. Magdalena había proyectado llegar a El Cajón el 3 de octubre, día del cumpleaños de su hermano, y así había acontecido, aunque su llegada tuvo efecto a medianoche, debido a que el tren había sufrido considerable retraso. No tenía medio de saber si sus mensajes habían llegado o no a manos

de su hermano, y lo que ahora la preocupaba era que acababa de llegar y que el no estaba allí para recibirla.

La realidad del presente tardó poco en sobreponerse a los recuerdos del pasado.

«Espero que no le habrá ocurrido nada a Alfredo -se dijo- La última vez que me escribió estaba bien y en situación próspera. Ciertamente que hace de eso bastante tiempo; mas nunca escribió con frecuencia. De fijo se encuentra bien. No tardará en llegar, y ¡que alegría tendré al verle! ¿Habrá cambiado mucho?...

Mientras aguardaba sentada en la amarillenta penumbra, Magdalena oyó el tenue, intermitente martilleo del aparato telegráfico, el sordo zumbido de los alambres, el ocasional pateo de un herrado casco, y una lejana y estúpida risotada dominando la algarabía del baile. Todos aquellos ruidos eran nuevos para ella. Advirtió en su pulso un leve aceleramiento. Magdalena poseía tan sólo limitadas referencias del Oeste. Como todas las de su clase, había recorrido Europa y había descuidado América. Las contadas cartas de su hermano habían venido a trastornar sus ya vagas ideas de planicies y montañas, de cowboys y ganado. Sentíase sorprendida de la interminable distancia que había recorrido, y si en el curso del trayecto había cruzado algo interesante, le pasó por alto a causa de haber viajado de noche. Y aquí estaba, aguardando en una pequeña y oscura estación, sin más compañía que el gemido del viento entre los hilos telegráficos.

Un débil ruido que semejaba el retiñir de ligeras cadenas llamó la atención de Magdalena. De momento la muchacha lo atribuyó a los alambres del telégrafo. Luego oyó pisadas. La puerta se abrió, dando paso a un individuo de elevada estatura y avanzando con el aquel ruido.

Entonces comprendió que procedía de sus espuelas. El sujeto era un cowboy, y su entrada le recordó vívidamente la de algunos «astros» de película.

-¿Quiere usted hacer el favor de indicarme algún hotel? -preguntó Magdalena poniéndose en pie.

El cowboy se quitó el sombrero, describiendo con el un semicírculo y acompañando el ademán con una reverencia que, no obstante su exageración, tenía cierta gracia, dio dos largos pasos hacia ella.

-¿Es usted casada, señora?

En otros tiempos, una punta de humorismo había ayudado a Magdalena Hammond a salvar situaciones críticas. Guardó silencio, pensando que era una suerte que su velo cubriese su semblante. De antemano sabía que iba a encontrar cowboys bastante chocantes, como sabía que era peligroso reírse de ellos.

Aquel caballero de la pampa extendió con deliberación un brazo y se apoderó de su mano izquierda. Antes de que hubiese vuelto de su asombro le había quitado el guante.

-Preciosa mano, pero sin anillo nupcial -exclamó lentamente-. Señora, me alegro de ver que no es usted casada.

Soltó la mano y devolvió el guante.

-El único hotel de este lugar se opone, por principio, a dar albergue a mujeres casadas.

-¿De veras? -dijo Magdalena, intentando ajustar sus ideas a la situación.

-De veras -prosiguió el cowboy-. Son un mal negocio para los hoteleros. Ahuyentan a los muchachos. Esto no es Reno.

Soltó una juvenil carcajada y por esto y por la forma de volverse a poner el sombrero, Magdalena dedujo que estaba medio embriagado.

Retrocediendo instintivamente, no tan sólo le miró con mayor detenimiento, sino que se halló en situación de observar mejor su semblante. Era éste como de cobre batido, audaz, rudo, astuto. Rióse de nuevo el cowboy, como si se divirtiese buenamente consigo mismo, y la risa alteró apenas la rigidez de sus facciones. Como todas las mujeres cuya belleza y encanto han sido muy celebrados, Magdalena había desarrollado de tal modo su intuición, que con una sutil y exquisita ojeada adivinaba la naturaleza de los hombros y el efecto que su presencia causaba sobre ellos. Aquel rudo cowboy la había afrentado bajo la influencia del alcohol, y, sin embargo, cualquiera que fuese su intención, no pensó insultarla.

-Le agradeceré que me guíe al hotel -replicó la muchacha.

-Señora; espere usted aquí-replicó con cierta premiosidad, como si no pudiese coordinar las ideas-. Voy a buscar al mozo.

Ella le dio las gracias, y al verle salir y cerrar la puerta, volvió a sentarse, considerablemente tranquilizada. Pensó que hubiera debido mencionar el nombre de su hermano. Luego preguntóse que género de vida llevaría Alfredo entre aquellos toscos y rudos cowboys. Cuando su hermano iba al colegio, mostrábase ya bastante turbulento, y Magdalena dudaba que cowboy alguno hubiera podido enseñarle nada que el no supiera. De toda la familia ella era la única que había tenido fe en su hermano, aunque, después de dos años de silencio, su fe comenzaba a flaquear.

Esperando allí, sorprendióse escuchando el gemir del viento a través de los hilos telegráficos. El caballo que había visto afuera comenzó a patear, y una vez lanzó un relincho. Luego, Magdalena oyó un rápido tableteo, débil al principio, y más intenso después, que acabó identificando con el galopar de caballos. Se acercó a la ventana, creyendo que sería su hermano. Mas al aumentar de volumen el ruido, cruzaron ante ella, como sombras, cabalgaduras cenceñas de melena y cola encrespadas, montadas por ensombrerados jinetes, extraños y bravíos al parecer. Recordando lo que el conductor había dicho, costóle algún trabajo dominar su desasosiego. Densas nubes de polvo velaron dos figuras, tallada la una, insignificante la otra. El cowboy volvía con el mozo.

Sonaron afuera recias pisadas, seguidas de otras más ligeras, y de pronto se abrió la puerta con una violencia que hizo retemblar el aposento. El cowboy entró, arrastrando materialmente a un desgredado personaje..., un sacerdote cuya sotana había sufrido

evidente mal trato por efecto de los rudos empujones de su apresador. Era manifiesto que el padre estaba verdaderamente aterrorizado.

Magdalena Hammond miró con indecible asombro al hombrecillo pálido y descompuesto, y una frase de protesta tembló en sus labios, pero no llegó a pronunciarla. El semiebrio cowboy mostrábase ahora como un frío y cínico energúmeno; y sonriendo y alargando la mano la asió por un brazo y la obligó a sentarse.

-¡Quédese ahí! -ordenó.

Su voz, sin ser brutal ni áspera ni cruel, tuvo el inexplicable efecto de hacer que se sintiera incapaz de moverse. Hasta entonces, ningún hombre le había hablado nunca en semejante tono. Quien obedeció en ella fue la mujer... no la personalidad altiva de Magdalena Hammond.

El padre, juntando las manos, las elevó como si rogara por su vida, y empezó a hablar atropelladamente en español. Magdalena no comprendía el idioma. El cowboy sacó un descomunal revólver, blandiéndolo ante el rostro del sacerdote. Luego, lo inclinó como para apuntar a los pies del religioso. De repente surgió un fogonazo, seguido de una atronadora detonación que aturdió a la joven. La estancia se llenó de humo y de olor a pólvora. Magdalena ni se desmayó ni cerró los ojos, pero sintióse como atenazada por una fría garra. Cuando se disipó la humareda, vio con inmenso alivio que el cowboy no había herido al padre. Sin embargo, continuaba blandiendo el arma, mientras empujaba su víctima hacia ella. ¿Cuál podía ser la intención del embriagado sujeto? Indudablemente se trataba de alguna estratagema de cowboy. Ella tuvo un vago y fugaz recuerdo de las primeras cartas de Alfredo en que describía las extravagantes chanzas de los cowboys. Luego, recordó vívidamente una patética película que había visto... de unos cowboys que hicieron una monstruosa jugarreta a una infeliz y solitaria maestra de escuela. No bien hubo pensado esto, Magdalena persuadióse de que cuanto ocurría era el medio adoptado por su hermano para iniciarla en las diversiones propias del turbulento Oeste. Costábale dar crédito a ello, pero así debía de ser. La inveterada afición de Fred a hacerle víctima de sus bromas podía extenderse hasta semejante ultraje. Probablemente se hallaría afuera, detrás de la puerta o junto a la ventana riéndose de su embarazosa situación.

La ira aminoró su pánico. Con toda la compostura que le permitía esta sorpresa, se puso de pie y dirigióse hacia la salida. Pero el cowboy le cerró el paso, asiéndola por los brazos. Magdalena comprendió entonces que su hermano era por completo ajeno a aquella indignidad. No se trataba de ningún bromazo. Era algo de veras, algo que estaba ocurriendo y que constituía para ella Dios sabe que amenaza. Intentó desasirse, roja de ira al tener que forcejear con aquel bruto. Dignidad, compostura, educación..., todos los hábitos de carácter adquiridos cedieron ante el instinto de defensa. De constitución atlética, luchó y forcejeó desesperadamente; pero el, con sus manos de acero obligóla a ceder. Jamás habría supuesto que un hombre pudiera ser tan forzado. Mas no fue esto, sino la sonriente y

fría expresión del semblante de aquel desconocido, la paralizadora extrañeza de su conducta, lo que hizo flaquear a Magdalena hasta obligarla a sentarse, trémula, en la banqueta.

-¿Que... significa... esto? -preguntó jadeante.

-Ceda un poco la brida, querida -replicó el alegremente.

Magdalena pensó estar soñando. Le era imposible coordinar sus ideas. Los hechos se habían sucedido con demasiada rapidez y eran demasiado terribles para poder explicárselos. Sin embargo, ella no sólo veía a este hombre, sino que notaba su poderosa presencia. Y el tembloroso sacerdote, la azulada humareda, el acre olor de la pólvora... no eran tampoco irreales.

De pronto, ante sus ojos brilló otro deslumbrante fogonazo, y junto a sus oídos sonó otro disparo. Sin fuerzas para mantenerse en pie se dejó caer sobre el asiento. Sus turbadas facultades sentíanse manifiestamente incapaces de comprender lo que ocurrió en los momentos sucesivos; no obstante, logró rehacerse lo suficiente para poder oír como en una pesadilla la voz del padre pronunciando palabras incomprensibles para ella. Cesó esta voz, y entonces vino a turbarla la del cowboy.

-Señora, diga : Sí... Sí... ¡Dígalo pronto! ... ¡Sí!

Por pura sugestión, por una fuerza irresistible en aquellos instantes en que estaba dominada por el pánico, ella repitió la palabra.

-Y ahora, para que podamos terminar esto en una forma decorosa... ¿cómo se llama usted?

Obedeciendo maquinalmente, la muchacha pronunció su nombre.

Él se la quedó mirando, como si el nombre hubiese despertado recuerdos en su mente un tanto turbada, bamboleándose sobre las inseguras piernas. Magdalena oyó la violenta expulsión de su aliento, una especie de soplido, frecuente en los beodos.

-¿Que ha dicho? -preguntó.

-Magdalena Hammond. Soy la hermana de Alfredo Hammond.

El cowboy se llevó una mano a los ojos como si tratase de disipar imaginarias telarañas. Se acercó a ella, y con la mano, ahora algo temblorosa, quiso levantar su velo. Antes, empero, de que pudiese tocarlo ella misma se lo echó atrás descubriendo el rostro.

-¿Es... usted... Majestad Hammond?

¡Qué extraño -más extraño que todo cuanto le había ocurrido hasta entonces- fue el oír aquel nombre de labios de un cowboy! Era un apodo por el cual se la conocía familiarmente, aunque solo los seres más allegados a ella y más queridos gozaban del privilegio de usarlo. Al oírlo aviváronse sus embotados sentidos, y haciendo un esfuerzo recobro el dominio sobre sí misma.

-¿Usted es Majestad Hammond? -repitió, más bien afirmándolo sorprendido que preguntándolo.

Magdalena se puso en pie encarándose con él.

-Sí; yo soy.

El cowboy enfundó su revolver.

-Entonces, opino que vale más no proseguir la ceremonia.

-¿Qué? ¿Por qué me obligó usted a decir Sí a ese sacerdote?

-Fue... fue un modo como otro cualquiera de darle a entender..., que estaba usted conforme... en casarse conmigo.

-¡Oh!... ¡Es usted un... un...! -Le faltaron palabras.

Esto pareció galvanizar al cowboy. Cogiendo por un hombro al padre lo llevo hacia la puerta, mascullando denuestos y amenazas, exigiendo sin duda discreción. Luego de un empujón le hizo franquear la puerta, tras la cual se quedo inmóvil, respirando con fuerza y luchando consigo mismo.

-Verá..., espere..., espere un minuto, señorita Hamnd -dijo con voz gutural-. En peor compañía que la mía podía haberse encontrado..., aunque piense lo contrario. No niego que estoy... bastante... bastante bebido, pero así y todo, estoy en mis cabales. Espere..., espere un minuto.

Magdalena permaneció de pie, trémula y encendida de furor, observando la lucha que sostenía este salvaje con su embriaguez. El aspecto del cowboy era el de quien recobrando súbitamente su conciencia hace esfuerzos sobrehumanos por conservarla. La joven vio su cabello empapado en sudor agitarse al impulso de la brisa a la que expuso la ardorosa cabeza. Encima de él, en la profundidad del cielo azul, vio brillar las rutilantes estrellas, que le parecieron tan irreales como todo cuanto le había acontecido aquella extraña noche. Aparecían frías, brillantes, lejanas, remotamente lejanas; y mirándolas, su cólera fue decreciendo hasta extinguirse, quedándose al fin extrañamente calmada.

El cowboy volvió al aposento.

-Verá usted... -empezó trabajosamente-. Estaba bastante alegre. Ha habido una fiesta... y una boda. Cuando bebo hago cosas raras. Cometí la sandez de apostar que me casaría con la primera muchacha que llegase al pueblo... Si no hubiese usted llevado ese velo... Los camaradas me hostigaban... y Ed Linton se acababa de casar... y aquí siempre están dispuestos a jugarse el dinero... Debía de estar «muy» borracho...

Después que la hubo mirado cuando ella se echo atrás el velo, no había vuelto a poner los ojos en su rostro. Su cínica audacia se había trocado en algo que o bien era exceso de emoción o esa torpeza peculiar en ciertos individuos dominados por el alcohol. No lograba estarse quieto; de su frente manaban gruesas gotas de sudor <que de continuo enjugaba con una punta del pañuelo que llevaba al cuello, y su respiración era la del que acaba de efectuar violentos ejercicios físicos.

-Como le digo... estaba muy... -continuo.

-Las explicaciones son innecesarias -interrumpió ella-. Estoy cansada..., extenuada. Es tarde. ¿Tiene usted la más ligera idea de lo que significa portarse como un caballero?

El bronceo rostro del cowboy enrojeció intensamente.

-¿Está mi hermano... en el pueblo... ahora? -prosiguió Magdalena.

-No; está en su rancho.

-Pero yo le telegrafíé.

-Lo más probable es que el telegrama esté aún en su casilla en Correos. Mañana vendrá. Está embarcando ganado para Stillwell.

-Entre tanto necesito ir a un hotel. ¿Quiere usted?...

Si oyó sus últimas palabras no lo dio a entender. Un rugido del exterior atrajo su atención. Magdalena escucho también. Recias voces masculinas seguidas de otras más suaves de mujer, penetraron por la puerta entreabierta. Hablaban en español, y las voces subían de tono cada vez más. A juzgar por el ruido de las pisadas, se acercaban a la estación, y la viveza de los pasos, junto con el tono grave y colérico de unas voces hombrunas, delataban una riña. Luego, la voz suplicante de la mujer, entrecortada y suplicante, demostraba apelar en vano.

La actitud del cowboy sobresalto a Magdalena, haciéndole presagiar algo horrible. Y no se equivocó. De afuera llegó el confuso rumor de una lucha..., un disparo sordo, un gemido, el baque de un cuerpo que cae al suelo, un ahogado grito de mujer, y el ruido de pasos que se alejan en rápida retirada.

Magdalena Hammond, fría y angustiada, se recostó en su asiento, y por un instante zumbo en sus oídos el ritmo de la música del local fronterizo y su acompañamiento de cadenciosos pasos. Luego, en el hueco de la puerta apareció el trágico rostro de una muchacha, iluminado por unos ojos negros y encuadrado de cabello castaño. La muchacha tendió una mano morena y delicada hacia la jamba de la puerta a la que se asió como para sostenerse. Un largo chal negro acentuaba su llamativo atavío.

-¡Señor... Gene! -exclamó. Y la alegría del inesperado encuentro aplaco súbitamente su terror.

-¡Bonita! -El cowboy se abalanzo hacia ella-. ¡Muchacha! ¿Estás herida?

-No, señor.

La sujeto por un brazo.

-Oí... que alguien caía herido. ¿Fue Danny?

-No, señor.

-¿Fue Danny quien disparo? Dímelo, muchacha.

-No, señor.

-Me alegro. Temí que Danny estuviese metido en ese lío. Llevaba dinero de Stillwell para los muchachos y... temí... Oye, Bonita, tú vas a verte en un apuro. ¿Quién estaba contigo? ¿Que habéis hecho?

-Señor Gene..., los vaqueros de don Carlos, se pelearon por mí... Basta que yo baile un poco, que sonría un poco, para que se peleen... Les digo que sean buenos, que el sheriff Hawe está al acecho... y he aquí que ahora me llevará a la cárcel... Tengo muchísimo miedo; el sheriff quiso hacer una vez el amor a Bonita, y ahora me odia como odia al señor Gene.

-Pat Hawe no te encarcelará. Toma mi caballo y enfila el camino de Pelancillo. Bonita, prométeme que no volverás a El Cajón.

-Sí, señor.

-La llevo afuera. Magdalena oyó que el caballo resoplaba y mordía el

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

